

EL RENACIMIENTO.

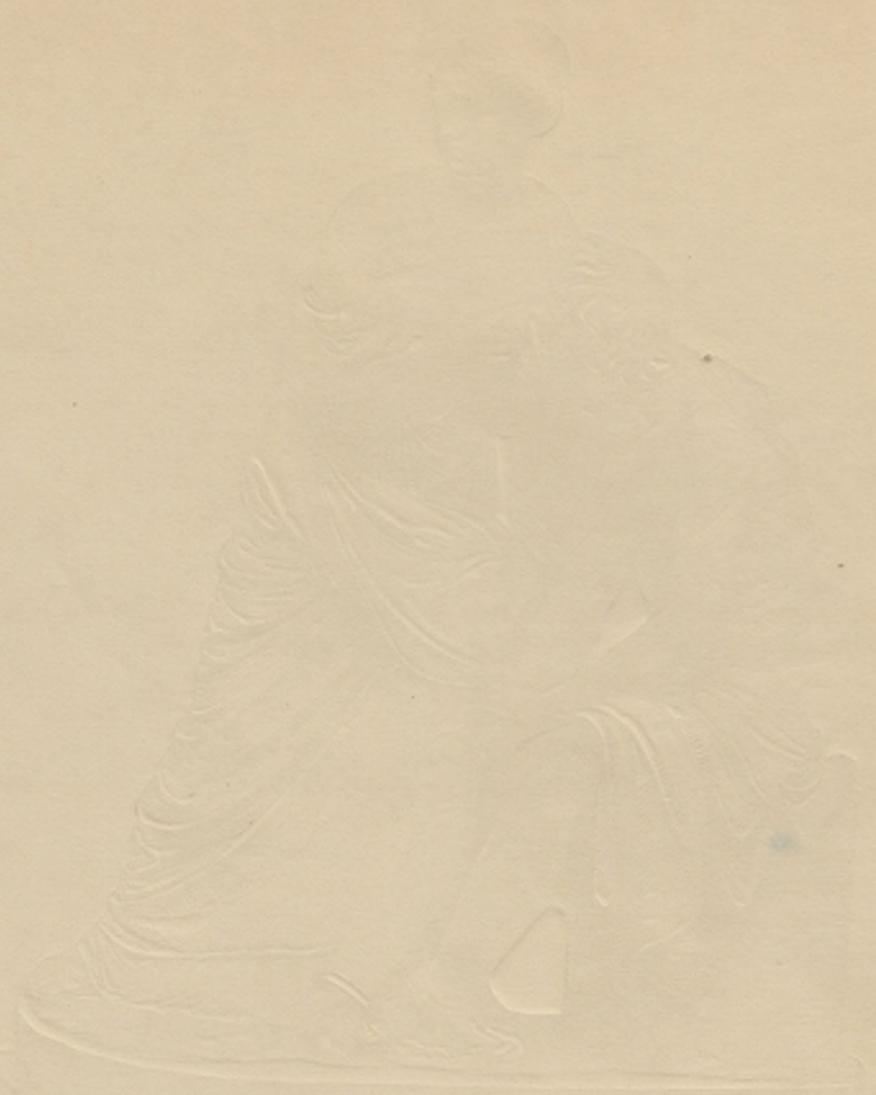


VENTANES D^o

J. DE MOLINA

LA CARIDAD ROMANA.

Grupo modelado en Roma por D. Antonio Solá.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

EL RENACIMIENTO

CONTINUACION

DEL PRIMITIVO ARTISTA

Y DEL

BOLETIN ESPAÑOL DE ARQUITECTURA.



Tomo I.—Entrega 3.^a

MADRID.

IMPRESA DE ALHAMBRA Y COMPAÑIA,
CALLE DEL BURRO, NUM. 4.

1847.

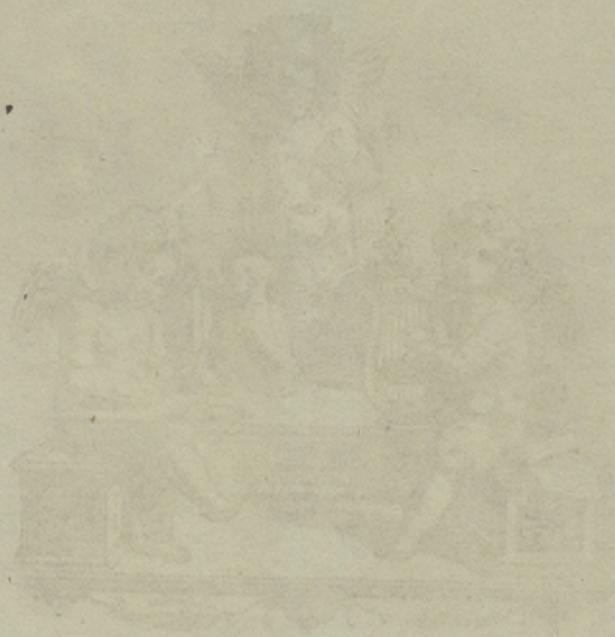
EL RENACIMIENTO

CONTINENCI

DEL PRIMITIVO ARTISTA

1873

BOLETIN ESPAÑOL DE ARQUITECTURA



Tom. I. — Número II.



MADRID

LIBRERIA DE ALFONSO T. COMESA

CALLE DEL PRADO, 20

1873

R. 1417

EL RENACIMIENTO.

Entrega 8.^a—2 de Mayo 1847.

BELLAS ARTES.

LA CARIDAD ROMANA,

GRUPO MODELADO EN ROMA POR EL SEÑOR SOLA.

Decíamos en nuestro primer número del *Renacimiento* que habiendo tenido el gusto de ver un traslado al daguerreotipo, traído de Roma, que representa *la caridad romana*, sacado del grupo ejecutado por nuestro compatriota Don Antonio Solá, presidente que ha sido de la Academia pontificia de nobles artes de San Lucas de Roma, y director de los pensionados españoles (1), nos proponíamos darle grabado en nuestro periódico, y consecuentes con nuestra promesa lo publicamos hoy.

De este grupo nos han escrito algunos artistas amigos nuestros haciéndonos razonados elogios, y del mismo modo que ellos, sentiríamos nosotros que no tuviese su autor ocasion de ejecutarlo en mármol, añadiendo esta obra á las muestras que ya le tienen acreditado de excelente escultor.

Este asunto, de la *caridad romana*, que ha sido tantas veces tratado en pintura, no lo ha sido todavía en escultura, ó por lo menos no hacemos memoria de haberlo visto hasta ahora, y nos alegramos de que haya sido un español el primero que lo haya emprendido.

El Sr. Solá ha sabido sacar de él muy buen partido: ha agrupado con arte y naturalidad al mismo tiempo las figuras de la hija y del padre, dándoles actitudes adecuadas y sencillas, produciendo su composicion muy bello efecto por todos lados y formando un conjunto de líneas agrada-

blemente distribuidas. La figura de la jóven, que es muy espresiva, está ademas plegada con elegancia y buen gusto, y tanto ésta como la del anciano padre son del mejor estilo.

No en vano ha pasado el Sr. Solá la mayor parte de su vida en la patria comun de los artistas. Repetimos que nos alegraríamos de que ejecutase esta obra en mármol; igualmente celebraríamos tener ocasion de ocuparnos de otras ejecutadas por otros dignos escultores españoles que están lejos de su patria,—pero ¿quién se acuerda de ellos? ¿Qué pago da nuestra sociedad á aquellos hijos suyos que consumen sus mejores años, su vida entera, sus recursos, estudiando y haciendo obras que puedan ilustrar á nuestra nacion?

La escultura, tan poco comprendida entre nosotros, cuenta, asi como la pintura y la arquitectura, algunos profesores de reconocido mérito, que han estudiado, que han ejecutado buenas obras, no obstante el poco caso que de ellos se hace, y el ningun premio que se prometen esos artistas olvidados por sus hermanos, á quienes ni siquiera les es dado ver en el horizonte de la vida artistica, en sus pocos ensueños dorados, los colores de la dulce esperanza, como tienen derecho á ver los otros que se encuentran en igual caso que ellos, aunque con la inmensa diferencia de haber nacido en Alemania, en Francia, en Inglaterra ó en Italia!

Sí; entre nosotros no se sospecha todavía lo que valen las artes, lo que es ser artista.—El pintor es entre nosotros *el retratista*, esto es, aquel de quien no exige vd. mas sino *que le saque pa-*

(1) Si tuviese á bien el Gobierno enviar alguno...

recido.... no importa que haya estudiado mucho, que haya hecho cuadros históricos y que haya recibido merecidos aplausos, premios apetecidos, fuera de su patria. El arquitecto es el maestro de obras; para nada y casi por nadie se tiene en cuenta su talento, su estilo, sus estudios; y el escultor..... es el que hace muñequitos de nacimiento, ó aquel de quien se suelen acordar los ayuntamientos cuando se trata de hacer algun figuron (muy pronto por supuesto, que en esto hacemos consistir el gran secreto de las artes) de trapo y de yeso, que represente la abundancia, la magnanimidad ó la bizarría, ó si se quiere Ceres ó Proserpina, para algun arco de triunfo ó para adornar alguna mala fachada.

¡Y luego nos quejaremos de lo que de nosotros se escribe fuera de España!—Trabajemos y adelantemos, y aprendamos á conocer el valor de las artes, su inmensa importancia en los países civilizados, y demos á los buenos artistas el premio que merecen, y entonces nos quejaremos con razon, si nos tratan mal, si nos llaman bárbaros. Nosotros, los editores del Renacimiento, poco podemos por cierto, pero trabajaremos sin descanso en honra y en defensa de las artes, y daremos á conocer, siempre que podamos hacerlo, las obras que ejecuten fuera de España nuestros compatriotas que llevan bien el nombre de artistas.

R.

UNA OJEADA

Á LA HISTORIA DEL ARTE MONUMENTAL.

La edad media fué despreciada por los escritores hasta principios de nuestro siglo. La historia solo nos pintaba sus guerras, su esclavitud y su ignorancia. No habia aun reconocido la historia su alta mision: el historiador creia que estudiar la vida de los príncipes era estudiar la vida de los pueblos, y no habia aun llegado á sospechar que la civilizacion moderna fuese resultado de los principios que en aquella época estuvieron en continua lucha.—Hoy dia han desaparecido ya estas causas. La Europa ha vuelto los ojos á la edad media. Deseosa de sondar las ideas que dominaron en estos doce siglos, ha recogido con avidez sus manuscritos, recorrido los capiteles de sus cláustros, examinado las pinturas de sus altares, estudiado con detencion sus creencias, sus ceremonias religiosas y civiles, sus costumbres populares, sus muebles, sus trages, sus objetos mas insignificantes.

En medio de estos severos estudios la historia ha tropezado con los monumentos que cubren la

superficie de la Europa: ha observado la variedad de estilos dominantes, la pesadez de formas en unos, la arrogancia en otros, el atrevimiento en muchos; y ha creido ver reflejada en ellos la marcha de toda la edad media, de esta época dilatada en que la sociedad cristiana ya sucumbe aniquilada bajo la fuerza que la abruma, ya se agita y se revuelve luchando desesperadamente con los obstáculos que se oponen á su movimiento, ya se levanta al fin erguida y joyosa como enorgullecida y alborozada de su triunfo. Entonces la historia ha venido á sentarse sobre las ruinas que nos han quedado aun de estos monumentos despues de tantas revoluciones, y ha preguntado con interés á sus piedras, cuál era el pensamiento que las encadenaba. Sentia ya la necesidad de clasificarlos.

Las dificultades han sido al principio grandes, casi insuperables. Las crónicas antiguas juzgaron inútil darnos la historia de estos monumentos: los archivos no ofrecen otros datos que el acta de su fundacion, las dádivas de algunos príncipes, los esfuerzos de los pueblos, la piedad de ciertos caballeros y prelados. Fiada la historia en las fechas que se le ofrecian, ha cotejado con escrupulosidad las principales páginas arquitectónicas, ha hallado en creaciones de igual fecha formas y principios al parecer contradictorios, y ha creido imposible una clasificacion exacta. Faltábale dar otro paso, faltábale conocer que el estudio de los monumentos debe hallarse en detalle y no en conjunto; que en un mismo monumento podia hallarse gran parte de la línea progresiva del arte; que en los puntos de esta línea no podian colocarse catedrales, sino fracciones, piedras quizás de estas inmensas fábricas. Dado este paso, la luz se ha difundido sobre la historia monumental con una rapidez asombrosa. Lo que antes parecia discordante, contradictorio y caprichoso ha parecido luego tan uniforme, que con dificultad han podido señalarse los monumentos en que aparecieron por primera vez hasta los mas grandes adelantos del arte. La clasificacion ha sido desde entonces fácil; las divisiones y subdivisiones se han multiplicado á porfia, y estas con particular maravilla de los observadores han coincidido con las divisiones y subdivisiones de la historia general de la edad media.

Hechos estos estudios con tan feliz éxito, la historia del arte ha pretendido ensanchar el campo de sus investigaciones. Ha sospechado que la arquitectura de otras épocas y de otros países podia ofrecer iguales resultados; y de aquí ese movimiento continuo, ese afan de correr el mundo

y analizar detenidamente desde los monumentos colosales de la India y del Egipto hasta las piedras aisladas de los Celtas. Donde quiera ha reconocido la influencia de nuevas generaciones, las luchas de las revoluciones sociales y políticas, el sello de los imperios. Ha hecho luego tales comparaciones, y han sido tales sus resultados, que no ha dudado en sentar: que la historia monumental del mundo marcha al paso de la historia del género humano.

Esta proposición es muy cierta: no hay época en que la arquitectura no sea un vivo reflejo de la naturaleza del terreno, del carácter, de las instituciones y de los adelantos de los pueblos. La India y el Egipto están dominados por la teocracia, su religión es el panteísmo, su creencia dominante es la trasmigración de las almas; su suelo es una verdadera antítesis, el monte crece al pie de la llanura, el prado al pie del desierto, el arroyo al pie del río; su historia salva los más remotos límites del tiempo, su filosofía crea los más atrevidos sistemas, su literatura no halla en la tierra ni en los mares campo suficiente para sus héroes; la imaginación es la dote más eminente de sus naturales, la sujeción á las leyes la principal base de su moral, la ternura de sentimientos para con los demás y la severidad para consigo mismos la faz más marcada de su carácter. Ahora bien, la consecuencia forzosa de toda teocracia es la inmovilidad: la inmovilidad reina en todos los monumentos de la India y del Egipto. El panteísmo no es sino la adoración de la naturaleza: toda la naturaleza está entallada en las paredes de sus templos. La trasmigración de las almas produce la resignación y el amor al sufrimiento: la resignación y el amor al sufrimiento es lo único que podía dar la suficiente constancia para abrir en el seno de la tierra y levantar sobre las peñas sus fábricas gigantescas. La variedad del suelo produce la variedad de sentimientos: la variedad de sentimientos está reflejada en el carácter ya sombrío, ya bello de sus páginas monumentales. Su historia, su filosofía, su literatura no encuentran valla que las limite; la arquitectura abre á leguas el seno de los montes para encerrar los cadáveres y los dioses. Los Indios y los Egipcios tienen por fin una imaginación ardiente, una fé ciega, amor para sus semejantes, desprecio para sí mismos: sin esta imaginación, sin esta fé, sin este amor, sin este desprecio ni hubiera trazado el arquitecto planes tan vastos, ni generaciones enteras hubieran querido consumir su vida en ejecutarlos.

Pasemos á la Grecia. Todos sus templos se

espacian bajo la bóveda de los cielos, sobre la cumbre de los montes, encima de sus antiguas villas y ciudades: la calma y la magestad campean en todas sus líneas, la armonía en todas sus partes, la regularidad en todas sus formas, la belleza en el conjunto. ¿Qué otra cosa vemos en sus instituciones, en su literatura, en su filosofía, en sus artes? Las diversas constituciones de sus estados, los sistemas de sus filósofos, las creaciones de sus poetas, las imágenes de sus escultores, todo respira la misma libertad, la misma calma, la misma armonía y regularidad, la misma belleza; hasta su suelo y su clima.

¿Qué vemos en Roma? En su infancia necesita un código: no lo busca en el fondo de su corazón, sino en el fondo de la Grecia. Empieza su marcha siguiendo la huellas de los reyes: se apodera del espíritu de libertad desarrollado en los estados griegos, luego derriba el trono y proclama la república. Su pueblo crece, rompe las murallas de la ciudad, declara la guerra al mundo. En medio de sus conquistas cae sobre la Grecia, estiende sobre ella su espada, vence: mas no derriba al vencido, le levanta y le lleva en triunfo al seno de la ciudad invicta. El mundo dobla al fin la cabeza sobre sus armas, el consul ciñe su frente con la corona imperial, la paz sucede á la guerra, las artes y las ciencias toman un desarrollo inmenso. Mas, ¿qué vemos de original en ellas? Sus filósofos imitan á Aristóteles y á Platon, sus oradores á Demóstenes y á Isócrates, sus poetas á Homero y á Píndaro, sus escultores á Fidias y á Praxiteles. Todo es griego en Roma, hasta la lengua con que refieren las hazañas de sus héroes y dictan sus órdenes á la tierra.—Echemos ahora una ojeada á su álbum monumental: ¿qué hay original en él? La Etruria le dá á Roma el arco, la más bella conquista de la arquitectura; el arco bastaba por sí solo á producir una revolución completa en todos los estilos monumentales hasta entonces conocidos; bastaba para crear un estilo nuevo, completamente original; quítese sin embargo el arco de los monumentos romanos... queda la arquitectura griega. En vano Roma pretende ocultar su imitación bajo nuevas formas; todos sus esfuerzos no alcanzan sino á mezclar el orden jónico y el corintio, y bastardear y destrozar el dórico. El espíritu belicoso que la domina y la distingue de los demás pueblos no puede producir un estilo nuevo; crea tan solo nuevos géneros de monumentos, el anfiteatro y el arco del triunfo.

(Se continuará.)

Madrid 17 de abril de 1847.

Francisco Pl y Margall.

SECCION LITERARIA.

CRITICA LITERARIA.

DOÑA BLANCA DE NAVARRA,

CRONICA DEL SIGLO XV,

POR D. F. NAVARRO VILLOSLADA.

ARTÍCULO I.

Nuestros escritores modernos, fuerza es confesarlo, no han sido felices en el cultivo de la *novela*, — de esa hermosa planta literaria, algun día tan desatendida, tan desdeñada (en el último siglo especialmente) — y que hoy, merced á la súbita predilección y á los vivos desvelos de que es objeto en toda Europa, va estendiendo sus ramas con tan pasmosa fecundidad que amenaza cubrir con ellas el campo entero de la literatura. ¿Qué decimos *amenaza*? ¿Acaso no le ha cubierto ya? La historia, como hoy se escribe, en sus formas y hasta en su esencia, es *novela* histórica: *novela* dialogada es el drama moderno, con sus dimensiones exuberantes, con sus lances imposibles: la filosofía misma, y aun la política, cosas de suyo tan poco novelescas, tienen hoy en las producciones de nuestros publicistas, — producciones, como ahora se dice, «palpitantes de interés» — mucho de *novela*. La novela es realmente la fórmula de nuestra literatura, la expresión de nuestra sociedad: todo lo que se escribe, todo lo que sucede es ó parece novela. A no serlo ó no parecerlo, lo que se escribe es como si no se escribiese, pues no se lee: lo que sucede, es como si no sucediese, pues no llama la atención. Y esto pasa no solo en España, sino en Inglaterra y Francia, ástros luminosos á cuyo derredor gira, docil satélite, la parte inteligente de nuestra nación; pero esto pasa mas todavía en España que en aquellos países, porque es propio achaque del que recibe inspiraciones ajenas, exagerar sus efectos, dejando muy atrás, sobre todo en lo malo, á aquellos á quienes se ha ó está fatalmente condenado á remedar. Tal es la ley comun. Así nosotros, por ejemplo, hemos superado á nuestros modelos en el arte funesto, deletéreo, de trasladar la novela á la vida real, esto es, en *hacer* novelas, y nos hemos quedado en una lastimosa inferioridad con respecto á ellos en el de llevarlas al campo de la imaginación, su terreno natural, esto es, en *componerlas* y escribirlas. Como el D. Sempronio del Casti, los Españoles modernos, en materia de novelas, hemos producido poco y malo; pero nuestra afición á

este ramo de la literatura iguala, si no escede, á la que le profesan los extranjeros. Todas las novelas que ellos escriben, se traducen, y lo que es peor, se leen en España: ellos en cambio no traducen ni leen las nuestras: luego mas afición todavía les tenemos nosotros que ellos.

Esta rara privanza del género novelesco, en literatura, data entre nosotros de unos quince ó veinte años á esta parte; otros tantos antes próximamente principió en Francia, que siguió en esto, como en tantas otras cosas, el impulso de la Inglaterra, electrizada á la sazón con los primeros triunfos del imponderable *Schoolmaster* de Kenauquhair, Jediah Cleishbotham (1). Walter Scott ha sido en realidad el apóstol, casi diríamos el fundador de la novela moderna, ó mas bien, de la preponderante importancia que el género novelesco ha adquirido en la literatura y en la sociedad. Antes de la publicación de su *Waverley*, se escribían ciertamente novelas y muchas; pero el género en sí era cosa menospreciada; la novela se presentaba encogida y vergonzante en la república literaria, sin atreverse á alternar con los libros *decentes*, y como resignada á una inferioridad original, algo semejante á la que las preocupaciones nobiliarias establecen en los plebeyos con respecto á los hidalgos. La novela no tenía ejecutoria, no era noble. Vanamente alegaba en su abono que uno de los mejores libros del universo, el *Quijote*, es ni mas ni menos que una novela; vanamente invocaba los grandes nombres de Cervantes, Lesage, Richardson, Fielding, Rousseau, M.^{me} de Staël, Goethe, Chateaubriand, sus gloriosos progenitores. ¡Estraña anomalía! Aquellos y otros claros ingenios no alcanzaron á ennoblecer el género de literatura en que recogieron sus mas preciados laureles. La novela continuó desdeñada, proscrita de la *buena literatura*, como una muger de dudosa moralidad ó de baja estracción lo está de la *buena sociedad*. Walter Scott levantó aquel inicuo ostracismo. Walter Scott abrió de par en par á la novela las puertas del *gran mundo* literario, y ella, como una verdadera *parvenue*, abusó de su triunfo y convirtió lo que no hubiera debido ser mas que una justa rehabilitación, en una insolente apoteosis. De sierva se hizo tirana; de descomulgada, gran sacerdotisa; de mendiga, monopolizadora. Hubo reacción: con esto está dicho todo. Desde entonces empieza lo que pudiéramos llamar la era de la novela, era de

(1) Pseudónimo bajo el cual publicó W. Scott sus primeras novelas en prosa.

poco trigo (1) en verdad, pero de mucha, muchísima, infinita paja. Ya lo hemos dicho; desde entonces todas las producciones del ingenio procuraron revestirse de cierta forma novelesca; las obras mas graves, hasta las obras ascéticas, tomaron una tintura de amenidad mundana, cierto aire de interés romanesco que las recomendase cerca de ese poderosísimo Mecenas, árbitro caprichoso de la fama de los escritores, que llaman el PÚBLICO. Así hemos visto á los mas grandes ingenios del siglo rendir tributo en las aras del ídolo del siglo, *la novela*.

Esto ha sucedido en las naciones que nos sirven de norte; escusado es añadir que esto mismo, aunque en muy reducida escala, ha sucedido en España. Nuestros primeros talentos juveniles—(entre nosotros, con rarísimas escepciones, solo la juventud participa del movimiento europeo, en literatura)—nuestros primeros talentos juveniles, repetimos, han ensayado sus fuerzas en el género novelesco, pero, lo repetimos tambien, con escasa fortuna. ¡Cosa triste y singular! *Con escasa fortuna*, hemos dicho, y casi nos arrepentimos de haber estampado estas palabras que pudieran pasar por un odioso equívoco, si fuese posible tratar burlas con la muerte. A cinco jóvenes escritores de gran talento pertenecen las mejores novelas que han inaugurado entre nosotros la invasión del género, las mejores seguramente que se han escrito en España en lo que va de siglo: aquellos escritores son Larra, Espronceda, Lopez Soler, Villalta, Enrique Gil. . . ninguno de ellos existe ya! Todos han muerto en la flor de su vida, ricos de un magnífico porvenir literario, célebres todos por sus producciones, pero ninguno como insigne novelista. ¿Y qué mucho? Es posible, es probable que todos hubieran llegado á serlo, pero les faltó tiempo. Un buen novelista no se improvisa, — se forma con el estudio, con el ejercicio del arte, con el aguijón de la crítica, cuando caen sobre una feliz disposición natural. El talento solo no basta, sino por escepcion; Walter-Scott, principiando por *Waverley* (y eso que ya habia publicado muchas preciosas novelas en verso, *Marmion*, *Rockeby*, etc.) lo mismo que Manzoni, principiando por *I promessi Sposi*, son escepciones sin ejemplo en la historia literaria moderna. El mismo Victor Hugo, antes de escribir su *Notre Dame*, escribió dos novelas malas—*Buj-Jargal* y *Han de Islandia*. Bulwer y Dickens pugnaron en vano largo tiempo por llamar la aten-

cion del público: Balzac, Eugenio Sue, Federico Soulié, para salir de la oscuridad, tuvieron que inundar la Francia—(Balzac especialmente, bajo el pseudónimo de *Horace de Saint-Aubin*)—de novelas que ni obtenian los árdulos honores de un artículo crítico en la *Revista de los Dos Mundos* ó en los *Debates*, sancion suprema del mérito triunfante, ni daban á sus autores honra ni provecho. Entre nosotros ¿quién ha hecho ese largo y penoso aprendizaje de las dificultades materiales del arte? ¿Quién ha luchado con esa perseverancia alemana, con esa fé en el porvenir, que solas pueden dar el triunfo y esplican y justifican juntamente aquella profunda sentencia de Buffon: *le génie c'est la patience*? Nadie ciertamente; unos, como los malogrados ingenios antes citados, porque les ha faltado el tiempo; otros, y son los mas, porque se han imaginado locamente que basta querer para alcanzar, porque se han descorazonado al primer revés y no han tenido presentes estas consoladoras palabras de J. J. Rousseau: *la paciencia es amarga, pero su fruto es dulce*. Por eso carecemos de buenas novelas modernas, no obstante que nuestra historia, nuestras tradiciones y hasta nuestras costumbres, son eminentemente novelescas, y á pesar de que ningún pueblo de la tierra aventaja á los Españoles en riqueza de imaginacion.

Hemos creido oportuno apuntar, al correr de la pluma, estas observaciones sueltas, dirigidas á los pocos que en estos tiempos de positivismo dan importancia á las teorías literarias, así para mostrar que nosotros somos de los que se la dan, como para que sirvan de preparacion al juicio razonado que nos proponemos hacer de la novela histórica del Sr. Navarro Villoslada, cuyo título encabeza este artículo. Para los que conocen la buena fé literaria con que de antiguo ejercemos la crítica, no, segun general usanza, como un pasatiempo fútil ó como un desahogo de afectos ó rencores personales, sino como un trabajo de conciencia mas ó menos hábil, pero siempre franco y leal, esta prolija introduccion será claro indicio de que no confundimos la obra de que vamos á hablar, con esas producciones vulgares que no valen la pena de que se consideren seriamente, y para las cuales basta y sobra con cuatro frases laudatorias, elogio baladí que, sea dicho de paso, es á nuestros ojos la mas amarga de las censuras, porque es un testimonio de desden. Mas merece el Sr. Navarro Villoslada. Este joven escritor, por su feliz talento, por su perseverancia, por lo que ha hecho y por lo que promete hacer, tiene

(1) Equívoco parlamentario, cuyo autor es el ex-diputado á cortes Sr. Orense. Al Cesar lo que es del Cesar.

derecho á una verdadera crítica, en el sentido legítimo de esta espresion, es decir, á un exámen detenido y severo. Nosotros vamos á hacerle de su novela titulada *Doña Blanca de Navarra*, con la imparcialidad que siempre hemos tomado por divisa y bajo la grata impresion que nos ha dejado en el ánimo su reciente lectura.

Tres cosas hay que considerar principalmente en toda produccion del ingenio,—la composicion, ó sea el pensamiento general,—la ejecucion material (esto, en las producciones literarias, es *el language*)—y por último, los pormenores, ó sean los medios de accion. El Sr. Navarro Villoslada se ha propuesto pintar una grande abnegacion inspirada por un grande amor: ha elegido para terreno de su accion una época histórica, fecunda de sucesos interesantes, y ha logrado, digamoslo así, *encajar* muy hábilmente esta accion en el terreno elegido. Ha tomado de la historia únicamente lo que necesitaba para el completo desarrollo de su fábula, y aun esto mismo lo ha revestido con las galas de su lozana fantasía, sin desfigurar no obstante la verdad de los hechos principales. Reasumamos en pocas líneas la base histórica de la novela que nos ocupa. Muerto el desgraciado príncipe de Viana, *digno de mejor fortuna y de padre mas manso*, segun la feliz espresion de Mariana, la corona de Navarra injustamente retenida á la sazón por el infante D. Juan, correspondia de derecho á la hija mayor de éste, Doña Blanca, como heredera de su madre del mismo nombre, hija de Carlos el Noble, y designada además espresamente para la sucesion al trono en el testamento de su malogrado hermano el príncipe de Viana. Así lo disponian además el testamento de su madre, el del rey su abuelo y las leyes fundamentales del reino que, no escluyendo á las hembras, las llamaban al trono despues de los varones por orden de primogenitura. D. Juan, irritado con su hija Doña Blanca por la buena correspondencia que siempre habia seguido con el de Viana, y reconocido á los auxilios que su yerno el conde de Fox le habia dado en sus guerras contra aquel, en virtud de un tratado secreto, que luego se descubrió, por el que D. Juan se obligaba á transmitir, despues de su muerte, al de Fox la corona de Navarra y el ducado de Nemours, pensó en dar al inícuo despojo que meditaba aun antes de la muerte de D. Carlos, una apariencia de justificacion, mandando enjuiciar al príncipe y á la infanta, y convocando Córtes para que, ratificada la sentencia de los jueces, que no dudaba seria la que á él le pluguiese dictarles, proclamasen legítimos herederos

de la corona á la infanta Doña Leonor y á su marido el conde de Fox; pero ni aun esto llegó á verificarse. A los amaños de la política prefirió el desnaturalizado D. Juan la brutalidad del crimen. Un veneno, en sentir de muchos, le libértó de su hijo D. Carlos; luego, valiéndose ya del artificio, ya de la violencia, entregó á su hija Doña Blanca en poder de los condes de Fox, seguro de que la harian morir en breve; y en efecto, encerrada la infeliz en el castillo de Ortez, fué emponzoñada á los pocos dias, como quieren algunos, ó á los dos años, en opinion de los mas, por su ambiciosa hermana Doña Leonor. Por una donacion *inter vivos*, hecha en S. Juan de Pié de Puerto á 30 de abril de 1461, Doña Blanca habia legado el reino de Navarra y todos los estados que le pertenecian á favor de su *amado primo* (antes su esposo) el rey de Castilla D. Enrique IV.

Hasta aquí la historia. De estos datos ¿ha sacado el Sr. Navarro Villoslada todo el partido posible? No somos de los que juzgan á los autores por lo que han dejado de hacer, sino por lo que hacen; pero parécenos que en el caso presente se puede reconvenir á nuestro autor por no haberse aprovechado mas de los grandes elementos que le ofrecia la historia, para aumentar el interés de su narracion. Doña Blanca hubiera sido mas interesante sin duda, si desde el principio de la accion la viéramos no solo perseguida, sino amenazada de una suerte igual á la de su infeliz hermano Don Carlos, y para esto acaso no hubiera sido inoportuno poner en escena la terrible figura histórica del usurpador Don Juan. Si el autor ha temido que fuese demasiado repugnante el carácter de semejante padre y que pareciese inverosímil, aunque verdadero, en fuerza de ser gratuitamente odioso, nosotros le diremos que esas grandes sombras producen las grandes luces en los cuadros, y que además, nadie le impedia esplicar con alguna ficcion novelesca la perversidad real de Don Juan, así como ha coonestado ó esplicado á lo menos con la violencia del amor maternal la de la execrable condesa de Fox. De la falta de algunos móviles de interés, de que gratuitamente se ha privado el Sr. Villoslada, proviene la lentitud con que hasta mediados del libro marcha la accion de su novela: ha buscado la sobriedad de ornatos tan recomendada por los buenos críticos, y á trueque de conseguirla, ha degenerado alguna vez en sequedad y languidez: el título de *Crónica* que ha dado á su obra puede esplicar, pero no justifica del todo este defecto de composicion. La accion, sin em-

bargo, lenta en un principio, como ya hemos dicho, camina hábilmente á su completo desarrollo, y en los últimos capítulos acaso se precipita demasiado; las últimas escenas en el palacio de Ortez, interesantes sin duda, pasan con excesiva rapidez, no estan bastante esplicadas, y no producen por eso todo el efecto que debieran: parecen mas bien el desenlace de un drama, que el de una novela, dos cosas muy distintas en verdad. Tenemos tanto menos reparo en advertir al autor este defecto de su obra, cuanto no prueba falta de ingenio, sino de práctica, única que enseña á vencer las dificultades materiales del arte. La buena distribucion de un plan es entre ellas una de las mayores, y en la que principalmente se reconoce á los maestros experimentados.

Eugenio de OCHOA.

(El artículo 2.º saldrá en el próximo número.)

EL CASTILLO DE TANCARVILLE.

LEYENDA NORMANDA DEL SIGLO XIII.

VI.

La cita.

La última campanada del reloj del castillo que daba las doce, resonaba aun en sus vastas bóvedas, cuando el jóven Arturo, que en aquel intervalo habia enterado á Roberto de todo lo que ya saben los lectores, á escepcion por supuesto de la cita, salió con cautelosos pasos de su cuarto, y se encaminó al ala del castillo en que habitaba su amada. Al acercarse á la puerta, se entreabrió esta dulcemente y dió paso al enamorado doncel, cuyo corazón, présago de la inmensa dicha que le esperaba, latía con la mayor violencia. Halló á la jóven anegada en lágrimas que en vano trataba de contener; triste á la vez y encantador espectáculo para el jóven amante que en aquel amargo lloro, veía en el porvenir toda una vida de amor y felicidad.

—¿Por qué partís? dijo la inocente niña, cuando su llanto la permitió hablar. ¡Oh! no me amais como me habéis dicho....

—¿Qué no te amo yo, alma de mi vida! ¡oh Heloisa! semejante creencia es una ingratitud....

—¿Por qué partes, pues, si me amas? y rodeando con sus delicados brazos el cuello de su amante arrodillado á sus pies, continuó con exaltacion ¡oh!... no partirás.... no dejarás tan sola y abandonada á tu Heloisa....

Los rostros de ambos jóvenes se tocaban... sus alientos se confundían, y el amor... el grande, el inmenso, el omnipotente amor de los primeros años, los rodeaba con sus voluptuosas alas.

—¡Arturo! ¡Arturo! exclamó la jóven con voz entrecortada por los sollozos..... Soy tu esposa ante Dios... ¿me abandonarás ahora? Si te obstinas en partir, yo te acompañaré á todas partes. Dejaré mis bienes, mi nombre.... todo lo abandonaré por seguirte. Ya no soy la señora de Tancarville, soy la esposa del trovador Arturo.

—No, Heloisa; no eres la esposa de un oscuro menestral. La fortuna me dió al nacer una cuna y un nombre que no ceden en Francia sino ante el esplendor del trono de nuestro augusto soberano. Me llamo Arturo de Villequier, y soy hijo único del ilustre baron de este nombre.

En seguida contó el jóven á Heloisa los motivos que lo habian impulsado á aquel disfraz; la llegada del antiguo servidor de su familia, y las justas causas que lo obligaban á partir. Prometiéndola estar de vuelta dentro de pocos dias, y la encargó que fuese de tiempo en tiempo á la cabaña de uno de los guarda-bosques llamado Jorge, el cual le era muy adicto, y en cuyo lugar daría orden á Roberto que le esperase. «Si desgraciadamente, añadió, necesitares de mi auxilio mientras esté ausente, haz partir inmediatamente á Roberto, y al momento volaré á tus pies.»

Dándola despues un último amoroso beso, se encaminó á su habitacion, en donde Roberto le esperaba; y luego que le hubo instruido de lo que tenia que hacer, se dirigió rápidamente á la cabaña de Jorge.

VII.

La partida.

El buen guarda-bosque acogió al trovador con su usual cariño, aunque no dejó de estrañar la hora insólita de su visita; ¿pero cuánto mayor no fué su asombro cuando el caballero confiando en su lealtad le descubrió su clase y alguna parte de su secreto? Jorge habia militado en su juventud, y como acompañó al señor de Tancarville á Palestina, conocia personalmente al padre de Arturo, y le era muy afecto. Prometió pues, al jóven, no solo recibir en su cabaña á Roberto y tenerlo allí oculto hasta la vuelta de su amo, sino estar á la mira de lo que le pasase en Tancarville y velar sobre Heloisa; cosa tanto mas posible, cuanto que el de Harcourt tenia en él una confianza ilimitada. Aceptó Arturo los ofrecimientos del antiguo soldado, y le entregó un bolsillo lleno de oro con el pretexto de que tal vez se necesitaria en adelante para su servicio; pero realmente con la intencion de galar-donarle de antemano.

En seguida dió la vuelta al castillo, donde ya se estaban poniendo en movimiento sus habitantes, y dió orden á Roberto de marchar al instante á casa del honrado Jorge. Bien hubiera querido ponerse él mismo en marcha en aquel mismo instante; pero creyó mas prudente no abandonar aquellos sitios sin participarlo á la aya de Heloisa, la cual hacia las veces del señor de Harcourt en sus frecuentes ausencias. Levantóse por fin la reverenda dueña, y el jóven, con tristeza por cierto no fingida, la dijo que el peregrino que la noche anterior demandara hospitalidad á las puertas del castillo, le habia dado muy malas nuevas de un anciano, su mas inmediato pariente, á quien habia conocido en la tierra santa; y que debiéndole él infinitos beneficios, se veia precisado á volar á sus brazos, asistirle en su enfermedad, y no dejarle hasta que se restableciese ó sucumbiese á sus graves dolencias.

La dueña le dijo algunas reflexiones sobre la imprudencia de dejar una colocacion segura solo por afecto á un pariente, que tal vez no se membraría de él; pero viéndole decidido á partir, consintió al fin, deseándole un buen viaje y pronta vuelta.

En seguida el jóven tomando sobre sus hombros

el harpa y los demas atributos que distinguian un trovador de aquellos tiempos, se despidió de aquellos lugares, testigos tan recientemente de su inmensa felicidad.

Allá en lo oscuro, á bastante distancia de una ventana que daba al patio de honor del castillo, Heloisa pálida como un rayo de la luna moribunda, siguió con la vista al joven hasta que se perdió en los árboles de las cercanas avenidas; y cuando ya no le descubrió, alzando los brazos y los ojos al cielo pareció implorar para aquella cabeza tan amada todas las bendiciones del omnipotente.

(Se continuará.)

J. Heriberto García de Quevedo.

POESIA.

ASPIRACION.

Al vate preguntais meditando,
oh dama generosa,
qué necesita su alma en este mundo
para vivir dichosa:

Necesita, señora, un cielo puro,
esplendoroso, abierto,
y ver desde la mar puerto seguro,
y la mar desde el puerto:

La silenciosa calma en que reposa
de noche la natura,
cuando de la creencia el ala hermosa
despliega la criatura;

Las denegridas rocas, donde es grato
tomar descanso breve,
y percibir salobre en el olfato
del mar la brisa leve;

Los céspedes floridos, do, si brilla
la luna esplendorosa,
es tan dulce trabar danza sencilla
ó plática amorosa.

Necesita una senda solitaria
para errar meditando,
para elevar al cielo su plegaria,
la verde grama hollando;

El lago que del sol dora el reflejo;
un blanco caserío;
la hoja que al caer rompe el espejo
del magestuoso río;

De las silvestres plantas los olores;
de las aves el canto;
de un corazón sencillo los amores;
y por último... el llanto!

El llanto, sí, con que sus votos sella
el alma de amor ciega,
cuando por no caber la dicha en ella
á otra alma se la entrega!

Hé aquí el misterio profundo
que al vate meditando
entretiene, oh dama hermosa;
esto ambiciona en el mundo
su corazón, no otra cosa.

Este, señora, es el sueño
de mi esperanza risueño,
y la mágica ilusión
que, al espirar, con empeño
renueva mi corazón!

P. de Madrazo.

REPUBLICA DE ARTES Y LETRAS.

Dicese que pronto se trasladará desde la Real Casa de Campo á la plaza mayor de Madrid la estatua ecuestre de bronce de Felipe III, que, aunque bella, es muy inferior en mérito á la de Felipe IV que está adornando la plazuela de Oriente. Desearíamos que no la empingorotasen tan cerca de las nubes, como se ha solido hacer, sobre un pedestal demasiado alto; nos parece que la altura del que se la destinaba en el parterre del Real Sitio del Retiro es la que debiera conservarse. Esta clase de obras pierden la mitad de su mérito y de su efecto si se ven tan á vuelo de sapo. Debe tenerse algo en cuenta su mérito artístico, su ejecución, su belleza respectiva.

Celebramos que se traiga donde la pueda ver el público la fuente de marmol de Vista Alegre, y que se coloque, como hemos oido decir, en una de las plazuelas formadas de árboles y otras plantas en los jardines del Campo del Moro.

Esta fuente es de un trabajo riquísimo, de mucho valor y de muy buen conjunto, y aunque no es de tan buena época como la que se trajo de Aranjuez y quedó restaurada y puesta, haciendo excelente efecto, en el parterre del Real Palacio, tiene la ventaja de ser grande y por consiguiente muy á propósito para aquel sitio. Dicese que hay en aquellos parages depositos ya formados y agua sobrada para que en todas las estaciones corran ambas con abundancia.

Después de haber hecho gran sensación en París y en Bruselas, han llegado á Londres los cuatro célebres húngaros que tienen la facilidad de imitar con su voz, de una manera extraordinaria, los instrumentos de música.

En la noche del 6 del mes pasado se ha ejecutado en Londres la deseada apertura del Teatro Real de la ópera italiana de *Covent Garden*, asistiendo á ella una inmensa concurrencia de gente distinguida por su rango y elegancia, y de célebres artistas y literatos; y representándose la ópera *Semiramide* de Rossini y el baile nuevo de M. Albert, titulado *La Odalisca*. Este teatro ha recibido un nuevo aspecto bajo la dirección del ingeniero civil B. Albano que ha completado su obra gigantesca en el corto periodo de 4 meses, abriéndole precisamente en el mismo día en que desde el principio se anunció. En la ópera, hizo de *Semiramis* la Grisi, de *Arsáces* la señorita Alboni; de *Idreno*, Lavia; de *Assur*, Tamburini; y de *Sumo Sacerdote*, Tagliafico. La *Semiramide* fué perfectamente ejecutada; pero la prensa periódica inglesa, y en particular el *Times*, el *Post*, el *Daily News*, el *Herald* y el *Cronicle* unánimemente elogian en particular á la napolitana de Alboni, *debutante* en aquella noche, y que tiene 23 años. El baile de M. Albert, aunque puesto en escena con grande esplendidez, puede decirse que hizo *fiasco*, debiéndose esto principalmente á la falta de una bailarina correspondiente al primer papel. — En la noche del 8 se repitió la *Semiramide*. En la del 13 debian presentarse la *Persiani* en *Lucia*, *Salvi* en *Edgar*, y *Ronconi* en *Enrico*; y en el sábado la *Mario* y la *Grisi* en *I Puritani*. — Los *debuttos* de la señorita *Steffanone*, y *Rovere* (el gran *buffo*) han de verificarse en seguida. *Marini* (el famoso bajo) se presentará tambien pronto en la *Italia in Algeri*, en la cual Alboni hará el papel principal.

La Italia, que contaba ya entre sus mas célebres cantantes un tenor *della bella morte* (Moriani), puede aumentar, gracias á los ingleses, su rico catálogo con otro tenor *della malodizione*; Frascini, uno de los primeros tenores que tiene en la actualidad la Italia, acaba de cantar en Londres con tan feliz éxito la *Lucia*, pero; particularmente la escena final del segundo acto, que los periódicos ingleses al elogiarle como se merece le llaman *the tenor of the curse*.

El conservador de la Biblioteca Imperial de Viena, Antonio Schmit, ha concluido una interesante obra que trata de la historia y crítica de los cantos nacionales de Austria.

ADVERTENCIA.

Se avisa á los señores suscritores que no se admitirá en Madrid reclamacion alguna de entregas ni estampas pasados ocho dias de su publicación en Madrid, y de quince en las provincias.

ESTAMPA DE ESTE NUMERO

LA CARIDAD ROMANA.

Dibujada por D. B. MONTAÑÉS y grabada por D. J. MOLINA.

Imp. de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.

COLABORADORES HABITUALES DEL RENACIMIENTO.

Seccion de bellas artes y arqueologia.

HISTORIA Y CRÍTICA DE LAS BELLAS ARTES: D. Valentin Carderera, D. Pedro de Madrazo.

ARQUITECTURA: D. Antonio de Zabaleta.

MÚSICA RELIGIOSA: D. Santiago de Masarnau.

CRÍTICA MUSICAL Y LITERATURA HISTÓRICA DE LA MÚSICA: D. Eduardo Velaz de Medrano.

ESTATUARIA: D. José Siro Perez.

ARQUEOLOGIA, TRAGES, MUEBLES, etc.: D. Valentin Carderera, D. Antonio Delgado, D. Manuel de Assas Castillo, D. José Siro Perez.

seccion de literatura.

CRÍTICA LITERARIA Y DRAMÁTICA: D. Eugenio de

Ochoa, D. Jacinto de Salas y Quiroga, D. Buenaventura Cárlos Aribau.

AMENA LITERATURA, NOVELAS, CUENTOS, POESÍA, etc.: D. Buenaventura Cárlos Aribau, Don Eugenio de Ochoa, D. Pedro de Madrazo, D. Jacinto de Salas y Quiroga, D. Heriberto García de Quevedo.

República de artes y letras.

Todos los colaboradores indistintamente.

Ejecutarán las litografías y dibujos para grabar D. Cárlos Luis de Ribera, D. Joaquin Espalter, D. Federico de Madrazo, D. José Mendez.

Grabarán: D. Manuel Burgos, D. Calisto Ortega.

LITERATOS Y ARTISTAS

CORRESPONSALES DEL RENACIMIENTO EN LAS PROVINCIAS Y FUERA DE ESPAÑA.

Sr. D. Antonio Solá.
Sr. D. Ponciano Ponzano.
Sr. D. Pelegrin Clavé.
Sr. D. Manuel Vilar.
Sr. D. Pablo Milá.

EL RENACIMIENTO

se publica todos los domingos, y cada número va acompañado de una estampa.

Cada medio año formará un tomo.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Este periódico, que empezó a publicarse el 14 del mes de marzo, se encarga de cubrir las suscripciones al BOLETIN ESPAÑOL DE ARQUITECTURA pendientes en la fecha de su aparición, hasta completar el importe de aquellas.

Precio 12 rs. al mes en Madrid y **14** en las provincias franco de porte. No se espenderán estampas ni números sueltos.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán, francas de porte, a la redaccion calle de Lope de Vega, núm. 4, cuarto 2.º de la izquierda.

Se suscribe en Madrid en las librerías de Monier, Cuesta, Viuda de Sojo, Gaspar y Roig, calle del Príncipe, y Razola, calle de la Concepcion Gerónima.

EN LAS PROVINCIAS.

Albacete, Nicolás Herrero Pedron.
Alicante, Juan José Carratalá.
Almería, Joaquín María Gomez de Barragan.
Almansa, Marcelino Navarro.
Alcoy, Francisco Cabrera.
Arenas de S. Pedro, Antonio Sanchez Ocaña.
Aranda de Duero, Cayetano Marin.
Alcántara, Raimundo Montenegro.
Algeciras, V. Monet.
Alcazar de S. Juan, José Antonio Vazquez.
Almadén, Felipe García Casasola.
Almagro, Miguel Calvo.
Alhama, José María Serrano.
Aracena, Alberto de Soto.
Andujar, Juan Roman.
Alcalá la Real, Faustino Vigas.
Astorga, Baltasar Calzado.
Antequera, José María Gimenez Ochoa.
Alcañiz, Miguel Evaristo Buil.
Alcira, Luis Ballesteros y Pepiol.
Almunia, Anselmo Lacaza.
Aranjuez, Juan Cordon.
Avilés, Sr. admor. de correos.
Badajoz, D. J. Codes.
Barcelona, Ildefonso Rús.
Baeza, Sres. Viedma y compañía.
Burgos, Ambrosio Hervias.
Berja, Ramon García Calonge.
Barco de Avila, Benito García.
Baena, Toribio Barrio.
Betanzos, Santiago Savino Guerrero.
Baza, Manuel de Tauste.
Barbastro, Felipe Lafita.
Bejar, Leoncio Miranda.
Burgo de Osma, Juan Martirena.
Benavente, Diego Eduardo Perez.
Bilbao, Sres. Delmás é hijos.
Belmonte, Francisco Lafaro de Refar.
Cáceres, Manuel María Muro.
Cádiz, Fernando Feduchy.
Castellon, José Royo.
Ciudad-Real, Vicente Serrano.
Córdoba, Rafael Mariano Pabon.
Coruña, Antonio Fernandez Veiga.
Cuenca, Amalio Ayllon.
Ceuta, J. Cortés.
Chiclana, José Muñoz.
Cazorla, Bonifacio Isicio Ruiz.
Calahorra, Benigno Lopez de Arceo.
Coiñ, Juan Salgado.
Carballino, José María Viviera.
Carrion de los Condes, Simon Cordero.
Ciudad-Rodrigo, Tomás Torres.
Carmona, Francisco de P. Nonó.
Calatayud, Bernardino Azpeitia.
Castro-Urdiales, Mateo Martínez.
Cañete, Isidoro Escamilla.
Caravaca, Juan Egea y Buenafé.
Cartagena, Francisco Montegrifo.
Cangas de Onis, Miguel Lamas.

Cangas de Tineo, Genaro Reguerin.
Cieza, Francisco García Marin.
Denia, Sres. Vignau hermanos.
Dueñas, Tomás Cuadros.
Ecija, Pedro José Vazquez.
Elche, Matias Santa María.
Ferrol, Nicasio Tajonera.
Fajset, Cándido Olives.
Fraga, Miguel Allué.
Gibraltar, Ignacio María Ramos.
Gerona, Ambrosio Surmané.
Granada, Tomás Astudillo.
Guadalajara, Miguel Perez.
Gandía, Andrés Valdovi.
Guadix, José Aguilera.
Haro, Domingo Zaldierna.
Huelva, Francisco Lopez Moreno.
Huesca, Sra. viuda de Galindo.
Huescar, Joaquín Ruiz Dios Ayuda.
Hellin, Antonio Lopez Campillo.
Huete, José Chmedilla.
Igualada, Joaquin Abadal.
Jaen, Juan María Tauret.
Jorquera, Ramon Ortega.
Jerez de la Frontera, José Bueno.
Jaca, Agustín Gavin.
Játiva, Blas Beller.
Leon, Valentin Bustamante.
Lérida, Faustino Paris.
Logroño, Domingo Ruiz.
Lugo, Miguel Palacios.
Llerena, Miguel de Torre.
Loja, Francisco de P. Lora y Berdejo.
La Mota, Máximo de Vega Ballesteros.
Lorca, Cristóbal M. de Ayala.
Málaga, José del Rosal.
Murcia, Ramon Alix.
Mérida, José Aranna.
Miranda de Ebro, Francisco Herranz.
Medina Sidonia, Francisco Ropo.
Montilla, Angel Ortega.
Motril, Cristóbal Herrera.
Moguer, Francisco Delgado y Sotelo.
Mondoñedo, Francisco Delgado.
Moron, Juan N. Escacena.
Madrid, Lorenzo Rosado.
Medina del Campo, Juan de la Vega.
Murviédro, Manuel Avacil.
Motilla del Palancar, Matias Ramon Tendero.
Osuna, Victor Montero.
Orense, Ignacio Saenz hermano.
Oviedo, Rafael Cornelio Fernandez.
Ocaña, Vicente Calvillo.
Palencia, José María Pastor.
Pontevedra, Nicolás Francisco Andrade.
Piedra-hita, Eustaquio Rocio.
Plasencia, Ramon Rodriguez Leal.
Pozo blanco, Andrés Eloy Peralbo.
Priego (Córdoba), Manuel de Codes.
Pamplona, Fermin Gainza.

Puerto de Santa María, José Valderrama.
Priego (Cuenca), Leoncio Gonzalez Lozano.
Palma (Mallorca), Juan Guasp.
Quintanar de la Orden, José Lirio y Resa.
Rivadeo, Eleuterio Acebi.
Ronda, José Bucetin.
Reus, Pedro Domingo Castelló.
Rioseco, Jacinto M. Amo.
Reynosa, Francisco Perez.
Requena, Gregorio Cañete.
Salamanca, Francisco Morales.
Santa Cruz de Tenerife, Juan P. Alba.
San Roque, Juan Manuel de Navias.
San Sebastian, Joaquin Echague.
Santander, Clemente María Riesgo.
Segovia, Vicente Gonzalez.
Sevilla, Juan Antonio Fé.
Soria, Francisco Perez Rioja.
Segorbe, Manuel Garbins y Font.
Santiago, Ramon Taboada.
Sigüenza, Baltasar Pardo.
Seo de Urgel, Pedro Casasayas.
Solsona, Juan Burquets.
Santo Domingo la Calzada, Bernardo Cenzano.
San Fernando, Francisco Diaz.
San Lucar, José María Esper.
San Mateo, Juan Bautista Arago.
Sepúlveda, Casto Gil.
Tarragona, Jaime Ferrer.
Teruel, Sres. Llorente, Zapater y Carvajal.
Toledo, Nicasio Escudero.
Trujillo, Vicente Hernandez.
Tuy, Martin Barcelona.
Tortosa, Francisco Castelliz.
Talavera la Reina, José Antonio Romero.
Toro, Mariano Benavides.
Tolosa, José Miguel de Lalama.
Torre la Vega, Simon Benedi.
Tarancon, Bernardo Salinas.
Valladolid, Toribio Batalla.
Valencia, José de Orga.
Vitoria, Melchor Carpintero.
Vera, Juan Garrido Ruiz.
Villanueva la Serena, Antonio Grande.
Velez Rubio, José Perez Olivares.
Vinaroz, Francisco Poy.
Ugijar, Francisco de Paula Ruiz.
Ubeda, Blas Antonio Franco.
Villafranca del Bierzo, Isidoro Armesto.
Vivero, N. Mora, Administrador de correos.
Velez Málaga, José María Lasso de la Vega.
Verin, Gregorio Moreno.
Vigo, José Sotero.
Villacastin, Timoteo Gonzalez Quijano.
Vergara, José Undiano.
Villafranca de Panades, Feliz Alegret.
Vich, Ignacio Valls.
Zamora, Manuel Conde.
Zaragoza, Manuel Lopez.